



CRISTOLOGÍA ELEMENTAL

A propósito de “la última tentación de Cristo”

José I. González Faus

Introducción: balance de un escándalo

1. Hombre como nosotros, bueno como Dios
2. Jesús y el Reino de Dios
3. Perdón de los pecados y pasión de Jesucristo
4. A Jesús sólo se le conoce siguiéndole

Conclusión

INTRODUCCIÓN. BALANCE DE UN ESCÁNDALO

Me siento mucho menos interesado en La última tentación de Jesucristo luego de haberla visto, que antes de verla. Temo que el ciudadano que entra en el cine con la idea de presenciar la última tentación, salga de allí con la sensación de haberse llevado "la última decepción".

Decepción con todo ese sector reaccionario del catolicismo, cuya insensata agresividad y poco creyente inseguridad nos obligan a perder el tiempo con una película más, del montón, que habría pasado casi desapercibida de no haber recibido gratis toda esta torpe orquestación propagandística.

Decepción por otra parte con la película. Se le ha de reconocer la belleza de algunas pocas escenas, y un verismo ambiental que debe responder a la realidad mejor que tantas estampitas edulcoradas. Pero fuera de esto, lo mejor que puede decirse de ella es que haría mucho bien a todos los que se manifiestan contra ella sin haberla visto; pero dejará bastante fríos a quienes acuden tranquilamente (o sólo curiosamente) a verla.

Pero, como los lamentos no sirven para nada, será mejor aprovechar la circunstancia de la película para elaborar un poco más la siguiente tesis: los verdaderos responsables "últimos" de este escándalo han sido, en el fondo, los fallos y las lagunas de la cristología preconiliar, en la que fueron educados muchos hombres de nuestra generación.

¿Por qué? Pues porque estas lagunas permiten que se filtre un determinado tipo de preguntas y que se obturen determinados elementos de respuesta, de tal modo que, al reaccionar contra los fallos del sistema, sigue uno prisionero dentro del mismo sistema. Este detalle (aparte de otros factores personales y culturales), hace posible la aparición de una obra como la de Scorsese, que es mediocre cristológicamente hablando, a pesar de la probabilísima excelente voluntad de su autor.

Y estos fallos y lagunas son, en mi opinión, los siguientes:

1. El ensombrecimiento de la verdadera humanidad de Jesús, que le hacía incomprensible y lejano a nosotros.
2. El olvido de la polarización del existir humano de Jesús por la noción del Reinado de Dios, la cual cambia no sólo nuestra idea de Dios sino nuestra experiencia de nosotros mismos como hombres.
3. La separación entre la vida de Jesús y su muerte, que desvalorizaba a aquélla y obligaba a buscar una razón para su crucifixión en la cólera misteriosa de un Dios aterrador.
4. El olvido de la que suele llamarse "pretensión" o autoridad de Jesús, que se manifiesta en su llamada al seguimiento, tan sugestiva como radical y desconcertante.

El primero de estos cuatro capítulos recoge un viejo dogma teológico demasiado olvidado por muchos cristianos de hoy. Los otros tres recogen verdades garantizadas por la investigación histórica moderna (esa investigación a la que muchos espiritualistas todavía desprecian sin matices como si fuera un peligro para la fe). Pero son verdades que, aunque brotan del Evangelio, estaban demasiado oscurecidas en la cristología anterior al Vaticano II, la cual se hallaba en estos puntos "bajo mínimos". Y como suele decir el refrán: "aquellos polvos trajeron estos lodos"¹

¹ Si alguien cree que exagero o soy muy duro en esta afirmación, le pediría que repasase cualquiera de los libros latinos que servían de texto en las clases de teología (como el de la BAC en España), buscando en ellos: a) que papel teológico juega la humanidad de Jesús; b) como se explica su muerte; y c) que presencia tienen en aquellos textos las categorías de Reino y el seguimiento.

En el presente cuaderno queremos decir una palabra sobre cada uno de estos cuatro puntos, con ocasión de Scorsese pero olvidándonos de él, y tratando de componer una especie de "cristología mínima" o fundamental. Y además con la vehemente sospecha de que, si estos cuatro puntos hubiesen permanecido vivos en la predicación y en la transmisión de la fe, sería muchísimo más difícil que se produjeran fenómenos como el film de Scorsese, reactivos e impreparados a la vez.

Antes de comenzar la exposición, vamos a formular otra vez nuestros cuatro puntos, pero ahora de manera positiva y en forma de tesis a desarrollar:

1. El Jesús al que los cristianos confiesen como "el Hijo del Dios vivo" era plena y verdaderamente hombre como nosotros, "tentado en todo a semejanza nuestra, excluido el pecado" (Heb 4,15). Contra toda forma de docetismo, apolinarismo o monofisismo².
2. Jesús vivió polarizado por la idea del "Reino de Dios", que expresa una situación histórica en la que la paternidad de Dios se va haciendo transparente en la liberación y la comunión humanas. Toda la enseñanza, la praxis, la conciencia de misión y las opciones vitales de Jesús, sólo pueden ser entendidas desde este hilo conductor: "convertíos porque está cerca el Reino" (Mc 1,15).
3. Jesús murió porque los poderes religiosos y políticos de su época se sintieron amenazados por esa causa histórica del Reinado de Dios, y reaccionaron ante esa amenaza quitándolo de en medio como blasfemo y agitador. Y cuando la explicación "expiatoria" de la muerte de Jesús se olvida de esta explicación histórica, se convierte simplemente en blasfema.
4. Jesús estaba tan experiencialmente convencido de la fuerza y la validez de su Causa, y de ser Él mismo la personificación de esa Causa, que llamó en seguimiento suyo a todos los hombres. A unos quizá sólo mediante la exhortación a cambiar de vida (Mc 1,15). Pero a otros mediante la invitación a seguirle, viviendo sólo para esa Causa del Reino, que era lo mismo que vivir para Él, y que vivir para Dios.

² Estas tres palabras designan a tres de las primeras herejías cristológicas que la primitiva iglesia rechazó con tanta decisión como resistencias.

Docetismo significa "aparentismo". Y da nombre a una corriente del s. I que sostenía que Jesús no había tenido un cuerpo material como el nuestro, sino sólo aparente. Razón: nuestra carne y nuestra materia son malas o indignas de Dios.

Apolinarismo viene de Apolinar, nombre del fundador de esta escuela del s. IV que defendía que Jesús había tenido un cuerpo como el nuestro, pero no una psicología como la nuestra. Razón: el espíritu de Dios suplía con creces y hacía innecesaria a la psicología humana.

Monofisismo significa "una sola naturaleza". Da nombre a unos herejes del s. V que sostenían que Jesús era un hombre como nosotros sólo si se le considera antes de su unión con Dios. Luego de ésta su humanidad desaparece en Dios, como una gota de vino se disuelve en la inmensidad del océano. La razón para esta forma de pensar ya se adivina: la infinita grandeza de Dios y la pequeñez del hombre.

I. HOMBRE COMO NOSOTROS, BUENO COMO DIOS.

Karl Rahner solía decir que, si pudiéramos "abrir las cabezas" de los creyentes, para ver cómo creen en realidad, hallaríamos que muchos de ellos tienen una fe en Cristo inconscientemente monofisita. Es decir: una fe en la que la divinidad de Jesús se come a su humanidad, o le hace sombra.

¿Por qué y cómo suele producirse ese deslizamiento inconsciente? Probablemente se produce porque queremos pensar a Jesús, partiendo de su divinidad.

El inconveniente de partir de la divinidad de Jesús reside en que Dios es para nosotros un concepto omniabarcante. Por eso, una vez establecido que Jesús "es Dios", hay que devanarse mucho los sesos para ver cómo se encuentra algún espacio para que también sea hombre. Y debemos reconocer que es muy difícil encontrar tal espacio en plenitud. A lo más se le pondrá a ese Dios algún envoltorio o algunas "pegatinas", tomados de nuestro ser humano.

Una reacción desordenada contra este estado de cosas se refleja en la frecuencia con que surgen dos preguntas en casi todos los diálogos y charlas sobre Jesucristo. Una es la pregunta sobre la ignorancia de Jesús. La ignorancia es muy irremediablemente nuestra. Es el rasgo más expresivo de nuestra limitación, incluyendo en ella una cierta ignorancia sobre nosotros mismos. ¡Sin una dosis de ignorancia no hay vida humana ni decisión humana posibles!. Pero si Dios lo sabe absolutamente todo, y Jesús -por eso mismo- lo sabía absolutamente todo, entonces el ser humano de Jesús no puede ser como el nuestro, ni hay posibilidades para una trayectoria verdaderamente humana en Jesús.

La otra es la pregunta por la sexualidad de Jesús. En realidad se trata ahí de una pregunta más amplia por la tentación en Jesús. El Nuevo Testamento es tajante al afirmar que Jesús fue "tentado en todo como nosotros menos en el pecado". Esta frase, sin embargo, no nos autoriza a imaginar la tentación concreta de Jesús a partir de las tentaciones particulares de cada uno de nosotros. Pues en la tentación de cada hombre concreto intervienen, además de su condición humana, su temperamento y la historia particular de su libertad. Así, por ejemplo, la tentación del alcohol no será la misma en una persona sana que en un alcohólico. Pero ello no significa que éste sea más hombre que aquél: pues lo peculiar de su tentación proviene, más que de su condición humana, de la situación infrahumana en que él o las circunstancias le han colocado.

Cabe añadir además que, al concretar la pregunta por la tentación de Jesús, en la sexualidad, el hombre moderno está reconociendo implícitamente hasta qué punto su sexualidad es para él un problema, y no acaba de saber qué hacer con ella: si se decide a llamar a las cosas por su nombre, y reconoce lo injusto, lo desordenado, lo agresivo o lo egoísta de su sexualidad, entonces se asusta porque se siente condenado, y llamado a una autolimitación "imposible" para salir de esa condena. Pero si, por el contrario, "pacta" con su sexualidad y la canoniza tal cual, entra en un círculo engañoso que acaba llevándole a la frustración o a la banalidad. O dicho de manera más gráfica y más nuestra: si mala era la represión sexual de los hijos del franquismo, mala es también la frustración y dependencia sexual de los hijos de Milan Kundera [léase p. ej. La Broma si no se entiende lo que estoy queriendo decir]. Este problema se agudiza además en situaciones culturales como la nuestra, en la que los hombres además "vegetan" sin ninguna mística para la que vivir.

Ambos razonamientos nos hacen ver hasta qué punto puede haber una inconsciente proyección de la propia psicología en la manera concreta como se colorea la pregunta por la tentación de Jesús. Por eso, una cierta sobriedad imaginativa es muy recomendable en este

punto. Pero, una vez hecha esta aclaración, hay que volver a subrayar que el tema de la tentación de Jesús es absolutamente cristológico, y está presente en estratos muy diversos del Nuevo Testamento (evangelios, Carta a los Hebreos etc).

Y tras esta digresión, volvamos a nuestra reflexión sobre la divinidad y la humanidad de Jesús.

Decíamos que es muy peligroso enfrentarse con Jesús partiendo de su divinidad. Los Apóstoles habían procedido exactamente al revés: llegaron a confesar que Jesús era el Hijo de Dios, a partir del encuentro humano con Él, y de la experiencia de que Jesús había sido un hombre como ellos. Experiencia que, en su tiempo, era todavía palpable y no admitía ni sombra de duda por lo reciente.

Lo desconcertante para los Apóstoles no son pues la ignorancia o la tentación en Jesús. Lo incomprensible era cómo con esas "dos manos", tan semejantes a las nuestras, Jesús había hecho de sí mismo un instrumento incondicional del Amor, y había pasado su vida "haciendo bien y ayudando a los que estaban mal" (Hchs 10,38). Y cómo ese Amor y esa Bondad que Jesús parecía transparentar sin empañarlas, habían acabado produciendo la total desautorización de Jesús por los hombres: unos por blasfemo, otros por agitador político y otros por loco, todos acabaron echándole fuera. El motivo podía cambiar, pero el veredicto había sido el mismo.

A partir de ahí, y tras la experiencia de su Resurrección, los Apóstoles fueron entendiendo no sólo que Jesús "era Dios", sino también que Dios "es Amor", y no Poder o Fuerza o Perfección cerrada sobre sí misma y celosa de sí misma. Si Dios era así, podía quizás estar unido a Jesús no ahogándole o invadiendo su ser humano, sino al revés: abriéndole espacio y posibilidades de humanidad. O en todo caso (así se atrevió a decirlo el Nuevo Testamento) "negándose a Sí mismo" o vaciándose de su modo divino de ser, al asumir la figura de la esclavitud humana (cf. Filipenses 2, 6ss), o de "la carne de pecado" (cf. Rom 8,3).

Pero comprender esto a fondo llevaba a afirmar que Jesús era Dios no sólo además de su ser hombre y por encima de su ser hombre, como si fuera una especie de "monstruo con dos cabezas", cada una de las cuales puede verse independientemente de la otra. Dios estaba más bien en el mismo ser hombre de Jesús. Pero no el Dios "poder" que convertiría a Jesús en una especie de "superman", sino el Dios Amor que hacía de Jesús el hombre "Bueno del todo como el Padre" (cf. Mt 5,48). Quizás por esto, el título que más veces aparece en los evangelios en labios de Jesús, es el de El Hombre (en traducción literal: "Hijo del Hombre"), que le señala sólo como hombre, pero que expresa su divinidad al escribir ese ser hombre con mayúscula y con artículo determinado.

Es verdad que este modo de ver no puede expresarse correctamente con palabras abstractas. Si hablamos de "divinidad" y "humanidad" estamos manejando ya términos falsos, y será un falso problema el preguntarse cómo se armonizan entre sí mismos términos falsos. Pues la divinidad es una palabra sin sentido, ya que Dios no puede ser metido en un concepto abstracto, como hacemos los hombres cuando componemos la palabra "humanidad".

En este sentido, aquella fórmula clásica de los viejos catecismos ("una persona en dos naturalezas"), aunque es muy válida en su contexto histórico y como alternativa a las otras fórmulas que presentaban entonces las partes en litigio, es sumamente peligrosa hoy, cuando sólo se la aprende memorísticamente y se la repite mecánicamente. Pues al decir: "una sola persona que es divina" pensamos sin querer que Jesús no era persona humana y, con ello, falseamos su humanidad. Y al decir: "dos naturalezas divina y humana", imaginamos dos componentes del mismo orden y, por tanto, igualmente accesibles los dos. Es como si dijéramos: un solo tronco que sostiene dos frutos, manzana y pera. Implícitamente estamos suponiendo que ambos tienen que ser visibles por sí mismos, si nos acercamos al árbol.

Por esta razón, algunos de los que se oponían a esa fórmula de la una persona y dos naturalezas (allá por el s. V), proponían como alternativa esta otra: "una única naturaleza de la Palabra de Dios, humanizada". Esta fórmula podría de hecho haber sido bien entendida. Pero en la práctica, derivó casi siempre en un olvido de la palabra subrayada. Se volvía a empezar por Dios, con lo que la atención se concentraba en lo divino de aquel ser, y su dimensión humana desaparecía insensiblemente, tragada o disuelta como una gotita de vino en el mar. Y por esta razón, precisamente para salvaguardar sin posible escapatoria la verdad humana de Jesús, la Iglesia prefirió la fórmula de "dos", es decir: prefirió asegurar lo humano de Jesús, aunque fuera hablando incorrectamente de Dios, que no hablar más correctamente de Dios, pero poniendo el peligro el ser hombre de Jesús. Esta actitud de la iglesia antigua es, en mi opinión, modélica y obligatoria para las iglesias de todos los tiempos.

Y la razón para nosotros es esta: no hay que plantearse (como afirma Kazantzakis que se planteaba al escribir La última tentación), "cómo luchan la naturaleza humana y la divina", o cómo se compensan y se hacen sitio entre ellas. Hay que conocer lo mejor posible el ser-hombre de Jesús, porque ese modo de ser hombre es el rostro de Dios, la mejor imagen o fotografía aproximada de lo que puede ser Dios, la revelación o "la Palabra" que expresa a Dios. Sin embargo, muchos eclesiásticos todavía temen que se hable demasiado o se atienda demasiado a la humanidad de Jesús, como si así peligrase su divinidad. Y no se dan cuenta de que -¡al contrario!- desatender lo humano de Jesús es el mejor camino de negarse el único acceso a su dimensión divina. Si luego estos eclesiásticos confiesan que Jesús "era Dios", esta palabra ya no tendrá el rostro del verdadero Dios, sino el rostro que ellos quieran ponerle proyectando sobre ella las ideas de cada cual sobre Dios. Y así Dios, en lugar de haberse revelado en Jesús, habrá sido sustituido por otras falsas imágenes de dios. Por eso, siempre que se dice "Jesús era Dios", hay que añadir: pero no un Dios sin rostro, al que se pueda poner el rostro que a cada cual le convenga. Sino Dios con un rostro humano bien definido.

Por consiguiente, la verdadera contraposición para entender a Jesús no está entre los abstractos divinidad y humanidad, sino entre Amor y egoísmo. Pero esta contraposición arranca ya de nuestro mismo ser hombres, aunque -llevada hasta el fondo- pueda expresar también la dualidad entre Dios y el hombre.

De la teología a la película.

Si ahora, a partir de lo dicho, miramos la película de Scorsese, nos sorprenderán en ella tres cosas:

- a) El Dios de Scorsese nunca tiene rostro humano.
- b) El Jesús de Scorsese no parece efectivamente Dios y hombre sino unas veces "demasiado" hombre y otras "demasiado" Dios.
- c) Quizás por eso, Scorsese da la sensación de estar más obsesionado por Satanás que por Jesús. Y a la larga se pregunta uno si ese dios de Scorsese no se define más bien a partir de lo satánico y de lo esotérico, que a partir de Jesús.

Digamos una palabra evocadora sobre cada uno de estos puntos.

- a) En la película asistimos más bien a un Dios que lucha con el hombre que a un hombre que transparenta a Dios. Aunque Scorsese confiese la divinidad de Jesús, no confiesa a Jesús como rostro humano de Dios. Por eso el Dios de la película casi nunca tiene rostro humano. O no tiene rostro, o es abrasador. Cuando Jesús dice "yo soy Dios", añade expresamente: "os quemo". Casi parece como si, en la película, fuera Satanás quien le descubre a Jesús que él es

Dios. Lo cual no es ilógico puesto que se trata de un Dios del miedo, de la amenaza y del castigo. Y además, de un castigo para esta vida. El terrible Dios del Bautista (una de las figuras menos logradas de la película) sigue siendo el Dios de Jesús: un Dios que le revela al hombre su pecado, pero no Su perdón. Y el único consuelo que parece quedarle al hombre es que ese Dios del miedo puede ser "comprado" con la sangre humana.

b) Hablando técnicamente se podría decir que el Jesús de la película adolece de un cierto adopcionismo. Se llama así a una herejía condenada por la Iglesia, pero que es la reacción que suele producirse siempre que se siente la necesidad de recuperar la humanidad de Jesús. Para conseguir esa recuperación se recurre a decir que Jesús había sido primero hombre y luego divinizado por Dios. Aunque esta afirmación no sea cristana, contiene algo que los cristianos olvidan muchas veces: y es que el hablar de "primero" y "luego" da cierta historicidad al ser de Jesús y, por eso, lo hace plenamente humano, puesto que ser hombre es siempre ser una historia: la historia de uno mismo.

Pero en la película, más que una "progresividad" y una historia en el ser y en la conciencia de Jesús, encontramos dos momentos demasiado contrapuestos: un Jesús sólo indeciso, sólo dudoso, sólo culpabilizado, pasa a ser un Jesús cuya misma seguridad le vuelve violento. Y es una seguridad tan incomprensible humanamente como para pedirle a Judas que le entregue para así morir crucificado. Al principio es tan "demasiado humano" que no interesa demasiado. Luego es tan "demasiado divino" que deja de interesar. Scorsese no ha sabido dar un desarrollo histórico a la posesión de Jesús por Dios. Sólo ha hecho que Dios se posea de él abruptamente en un momento dado.

c) Precisamente por eso, la película no despierta emoción religiosa sino más bien sólo extrañeza. No es película que llegue a los corazones (y menos aún que los cambie); y yo temo que está más cerca del diván del psicoanalista que del reclinatorio. Su autor parece conocer mucho mejor al demonio que a Dios, y temer a aquél mucho más de lo que se fía de Éste. Y decir esto no es devaluar el enorme impacto que tiene el mal en el mundo. Es más bien recordar que Jesús había vivido su relación con Dios como una fe en la paternidad de su Padre, como un fiarse absoluto del Padre, que contrastaba con -y se veía contradicho por- la experiencia de la realidad, pero que era más fuerte que ésta (y llegó a serlo hasta en el momento supremo del total desamparo en la cruz). Mientras que el Jesús del Scorsese va a su misión sin haberse anegado nunca en la experiencia plenificante y letificante de la paternidad del Padre. Sólo "oye voces", para decirlo con una expresión de la película misma.

Todo este apartado toca un punto muy difícil de comprender, en el que la mente humana siempre acaba patinando como las ruedas en la arena, y sin poder salir plenamente del misterio. La reflexión debe acabar en un silencio, no vacío pero sí asombrado. El silencio del hombre ante el Misterio de Dios, y del Dios que se acerca.

En cambio los puntos siguientes son mucho más concretos y de más fácil comprensión. Por eso es más de lamentar su ausencia, tanto en la película como en la cristología "tradicional" más reciente.

II. JESUS Y EL REINO DE DIOS.

Desde el comienzo de su aparición pública Jesús se presenta anunciando el Reinado de Dios (cf. Mc 1,15). Este Reino de Dios no es de este mundo, pero está como latente y a punto de irrumpir en él, si los hombres quieren "cambiar de mentalidad" o cambiar de corazón (meta-noein) para poder acogerlo.

En cada enemigo del hombre (en cada demonio) que es vencido, Jesús ve un signo del Reino que irrumpe. Sólo cuando el hombre se decide a pedir a Dios que "venga su Reino" puede atreverse también a llamar a Dios Abbá (Padre) como el mismo Jesús le llamaba. Jesús vive anunciando ese Reino, preparándolo, y escrutando la realidad para explicar a las gentes por qué vericuetos misteriosos e imperceptibles y en qué condiciones se acerca el Reino. Su enseñanza comienza infinidad de veces así: el Reino de Dios se parece a...

El Reino de Dios es una situación en que los hombres son libres y hermanos. Libres porque liberados de todos los enemigos de lo humano (de todos los demonios y falsos poderes incluidos el pecado y la muerte). Y hermanos porque hijos todos de un mismo Padre. El encuentro del hombre con Dios, para Jesús, pasa por, o conduce necesariamente al Reinado de Dios; y sin estas condiciones no es encuentro con el verdadero Dios. Y el encuentro del hombre consigo mismo arranca de, o termina necesariamente en, el Reino de Dios. Esto lo expresa magníficamente un texto apócrifo atribuido a Jesús, y que dice así:

"Quien conozca a Dios encontrará el Reino porque conociéndole a El os conoceréis a la vez a vosotros mismos, y entenderéis que sois hijos del Padre y, a la vez, sabréis que sois ciudadanos del Reino. Vosotros sois la ciudad de Dios".

Curiosamente, encontrar a Dios es encontrar su Reino. Y encontrarse a sí mismo es saberse hijo del Padre de todos y, por eso, ciudadano de ese Reino. En esta causa para la que Jesús vive y por la que Jesús muere, se unifican lo divino y lo humano históricamente, igual que en el hombre Jesús se unifican personalmente.

Y de esta centralidad que tiene la noción de Reino, deriva para Jesús la parcialidad hacia los pobres y hacia todos los excluidos por la sociedad, los cuales no son, para Jesús "malditos de Dios" (como afirman todas las teologías políticas oficiales de ayer y de hoy), sino "ovejas perdidas", riquezas perdidas o hijos perdidos que el Padre debe recuperar. (cf. Lc 15). De ahí deriva también la hostilidad de Jesús contra la riqueza privada y contra el poder religioso. Porque la riqueza privada es contraria a la fraternidad del Reino; y el poder religioso es contrario a la paternidad de Dios. Por eso, los únicos que quedan definitivamente mal en los evangelios no son las prostitutas, ni los guerrilleros, ni los samaritanos, sino "los ricos" y los "sacerdotes y fariseos" (ambos mirados como colectivo social, y sin perjuicio de que también entre ellos pueda haber excepciones maravillosas, porque también a ellos se dirige el mensaje de Reino). Y por eso, mirando la realidad histórica con los ojos de Jesús, hay que decir con él a todos los bienestantes: "los publicanos y las prostitutas irán al Reino por delante de vosotros" (Mt 21,31).

Sin esta óptica se vacían de contenido a la vez tanto el ser humano como el ser divino de Jesús. El ser humano porque ya se ha dicho mil veces que "ser hombre es tener una razón para vivir". La psicología de un hombre se transforma cuando tiene una causa válida por la que vivir, que sea a la vez merecedora de una mística y donadora de un sentido. Esto es tan verdad que ha sido causa de que muchos hombres sacralicen falsas causas para poder vivir por ellas. Porque,

sin algún proyecto de este tipo, el ser humano queda fijado a sí mismo, convirtiéndose en un pez que se muerde la cola. Y su propio interés volcado en sí mismo, acaba siendo como un cáncer que se come al organismo que lo sustenta.

Y el ser divino porque, sin esta óptica, Dios queda, como decíamos antes, vacío, formal, sin rostro. Y entonces uno puede apropiárselo inconscientemente, proyectando sobre Él su propio rostro, o el que le suministre su propio entorno social.

En resumen: podemos resumir este apartado diciendo que la trayectoria humana de Jesús está enmarcada por estas tres opciones de vida. Son opciones creyentes, cada una de las cuales se concreta y se verifica (es decir: se hace verdadera) en las anteriores:

a) la opción por Dios como Abbá (como Padre).

b) La opción por el hombre como hijo de Dios llamado a ser, por ello, humanamente libre.

c) La opción por el pobre como hermano de todos los demás hombres. Y hermano preferido por ser el más necesitado.

Estas tres opciones describen el anuncio de que "el Reino de Dios está llegando hasta vosotros". Si ahora queremos traducir también la coletilla que añadía Jesús ("convertíos"), podremos añadir a estas tres una cuarta opción:

d) la opción por el cambio de corazón. Es decir: porque las tres opciones anteriores sean asumidas desde lo más profundo de la libertad del hombre, y no desde la superficie, por la fuerza, la seducción engañosa o la presión colectiva. Por eso, para llevar a cabo su misión, Jesús renunciará a ser elegido rey, renunciará a que Dios le baje de la cruz, y se niega a dar una prueba apabullante, que sea distinta del hecho de que "se anuncia el evangelio a los pobres" y de lo que ven los ojos cuando uno se decide a optar por los pobres y acercarse a ellos.

Las indecisiones de un Jesús sin causa.

Si ahora desde esa óptica elemental, volvemos a la película de Scorsese ¿qué encontramos?. Yo me temo que dos piezas mal encajadas otra vez: primero un Jesús indeciso y culpabilizado, ajeno al Reino de Dios. Hasta el punto de que Judas, con su militancia zelote, tiene más proyecto de vida que Él. Y más parece ser Judas el que "llame" a Jesús, que no Jesús el que llama a Judas.

El autor podría decir que esos primeros episodios se refieren a lo que se llamó "vida oculta" de Jesús, de la cual no sabemos nada y en la que, por tanto, el novelista puede imaginar lo que quiera. Esto es verdad. Pero el crítico también puede analizar lo que ha imaginado el novelista, y preguntarse por qué lo ha imaginado así.

Y, con toda sencillez y sin ánimo de herir, uno puede lanzar la pregunta de hasta qué punto, desde los Estados Unidos (y, en general, también desde el Primer Mundo), se puede comprender y aceptar un proyecto como el del Reinado de Dios, cuyo universalismo y cuya parcialidad hacia los excluidos, nos obliga a poner en cuestión todos nuestros mundos particulares de privilegiados. Ya pasó la época en que los pintores dibujaban a Jesús con los vestidos de su tiempo y en los decorados de su mundo. Para poder retratar a Jesús, se convirtió en criterio hermenéutico obligatorio la necesidad de viajar hasta donde él había vivido, y de conocer históricamente la época en que vivió. Hoy es preciso dar un paso más: para poder pintar a Jesús no hay que conocer solamente su geografía y su historia. Es preciso además viajar hasta los condenados de la tierra a quienes él vino a llamar. Y esta clave hermenéutica es aún más decisiva que la anterior.

Quizá por la falta de ella, el Jesús de Scorsese no establece relación entre los individuos

humanos y el Reinado de Dios, sino que se limita deliberadamente (e intimistamente) a aquellos por separado, diciéndole a Judas que "siempre habrá romanos". Luego, en cambio, Scorsese le vuelve más violento que amoroso, haciéndole repetir la escena de los mercaderes del Templo, y esta vez con cierto regodeo agresivo. Y no es que el amor no pueda tener a veces sus dosis de violencia (y los mismos evangelios testifican de esto en algún momento). Pero en la película da la impresión de que la violencia domina sobre el amor. Dios ha violentado a Jesús primero. Esto hace a Jesús ser violento con los otros. Y acaba pidiéndole que muera violentamente. Sinceramente, uno no sabe si aquí se ha filtrado inadvertidamente algo de ese "inconsciente violento" del país más poderoso de la tierra. Un inconsciente que, sin querer, proyecta en Jesús el afán norteamericano

III. PERDON DE LOS PECADOS Y PASION DE JESUCRISTO

Es verdad que la vida de Jesús entregada hasta la muerte pesa más ante Dios que todo el pecado del mundo y de los hombres. En este sentido satisface por el pecado humano, y se convierte en una oferta incondicional e irreversible de perdón, por parte de Dios. Esto lo entendieron los Apóstoles en sus experiencias pascuales, al percibir que la Resurrección de Jesús no era algo exclusivamente para El y que le alejara de todos nosotros, sino algo en lo que todos estamos implicados e incluidos y que, por eso, convierte a Jesús en "Primogénito" de todos los muertos y en "Cabeza" del nuevo cuerpo de la humanidad transfigurada, que la Iglesia debe anticipar. Así habla el Nuevo Testamento.

Pero esto no significa en modo alguno que Jesús tuviera que morir porque la ira incontenible de Dios exigía sangre inocente para satisfacerse. Jesús tuvo que morir por una necesidad histórica bien perceptible: su vida al servicio del Reino levantó una oleada incomprensible de conflictividad. Todos los poderes de este mundo experimentaron esa vida de Jesús como una auténtica amenaza. Y en una reacción ciega de autodefensa, se aliaron todos para acabar con Jesús.

De este modo, la clase alta saducea y los sumos sacerdotes alegaron que era blasfemo el anuncio de un Dios cuya realidad estaba medida por esa dimensión del Reino y de la Misericordia para con los de fuera. Los zelotes consideraron blasfemo a un Dios que no se identificaba sin escrúpulos con los intereses sociopolíticos de Israel, incluso a través del odio y de la violencia. Los fariseos sintieron que la radicalidad de Jesús amenazaba las difíciles conquistas obtenidas por ellos durante mucho tiempo. Y el pueblo sintió que el camino de la conversión del corazón era una amenaza para ellos, que deseaban el camino de una salvación fácil y de una "beneficencia" más rentable... En cuanto a los romanos, no sabemos si llegaron a percibir a Jesús como una amenaza para el Imperio o si, más sencillamente, realizaron su arbitraje entre Jesús y los judíos del modo más cómodo para sus intereses imperialistas (es decir: prefiriendo no malquistarse a los judíos, aun a costa de sacrificar a un inocente). No lo sabemos con seguridad porque existe la sospecha fundada de que los evangelistas, al predicar a Jesús en medio del imperio romano, hubiesen ducificado la conducta de los romanos para congraciarse a sus oyentes. En cualquier caso, lo que sí es cierto es que los poderes religiosos judíos temieron que la vida de Jesús fuese leída por los romanos como una amenaza política; y por eso decidieron que "es mejor que muera uno para que no perezca toda la nación" (Jn 11,50). De esta manera, la pretensión de Jesús recibió las dos condenas máximas que podían pronunciarse en aquella época (y en todas las épocas): era contraria a Dios y era contraria a la paz del imperio. Y Jesús fue condenado como blasfemo y como terrorista.

Y en esta condena había algo de verdad: Jesús es una blasfemia insoportable contra todos los dioses de este orden presente y es, por eso, una auténtica amenaza de subversión contra todo este orden presente. Su condena pretende ser la salvaguarda de este (des)orden establecido. Pero no hace más que poner de relieve la maldad del sistema: la maldad de todo el género humano en este mundo.

A los hombres nos es muy duro aceptar esta revelación. Por eso, a lo largo de la historia, los cristianos hemos ido buscando "culpables" sobre quienes descargar la muerte de Jesús. Uno de esos culpables fue durante cierto tiempo el pueblo judío, dando lugar al catastrófico antisemitismo de los cristianos. Otro de los culpables es Dios: Jesús no habría muerto porque nosotros lo quitamos de en medio, sino porque Dios reclamaba su muerte para satisfacerse, para descargar sobre él el castigo que tenía reservado para nosotros. A la anterior excusa

monstruosa de "los judíos" que daba lugar al antisemitismo, sucedía ahora otra excusa más monstruosa de "la ira de Dios" que ha dado lugar a tantas formas de antiteísmo.

Y además, hay que notar cómo, con esta explicación, se desvaloriza totalmente la vida humana de Jesús, de la que antes decíamos que es el rostro o la revelación de Dios para nosotros. Como de todas formas Jesús había de morir, y como esto era "lo único importante" de su existencia terrena porque es en el sufrimiento donde satisface por nosotros, la vida humana de Jesús se convierte en un simple "compás de espera", del que puede prescindirse en absoluto, y cuyos contenidos son absolutamente indiferentes. Algo de esto es lo que refleja el Jesús de Scorsese, diciéndole a Judas: denúnciame, porque tengo que ser matado. Esta evaporación de la vida humana de Jesús es un factor que, de rebote, conduce a la pérdida de la humanidad de Jesús -en aras de su divinidad- que comentábamos en el apartado 1.

De este modo se cierra un círculo perfectamente vicioso: lo que importa de Jesús no es su vida humana entregada hasta el derramamiento de sangre, sino sólo esa sangre derramada. Y la divinidad de Jesús no es el Amor que se transparenta en esa vida entregada sino sólo el factor multiplicador que hace que esa sangre derramada tenga un valor infinito y digno de Dios. A Dios sólo le complace el dolor. Y el dolor infinito le complace de una manera digna de Él.

Más blasfema que la idea de una tentación sexual en Jesús, es la idea de ese Dios que necesita ver la sangre inocente para aplacar su ira. Y que esta idea no estaba ausente de muchas cristologías preconciarias, lo muestran estos dos textos tomados de la predicación cristiana:

"¿Qué es lo que condenó a Jesús a una muerte tan atroz? ¿Fue Pilato? ¿Fueron los escribas y fariseos? No hermanos míos no. Fue la justicia divina que nunca quiso decir 'basta', hasta que le vio expirar sobre ese suplicio. El Salvador bondadoso agonizaba colgado en el aire de tres clavos, derramaba lágrimas de sangre, sangraba por todas partes. Pero la justicia inexorable decía: 'todavía no'. Su tierna madre lloraba al pie de la cruz, sollozaban las piadosas mujeres, gemían todos los ángeles y espíritus bienaventurados ante tan cruel espectáculo. Pero la Justicia sin dejarse conmover repetía: 'todavía no'. Y no dijo 'ya basta' hasta que no le vió exhalar el último suspiro. ¿Qué decís ahora hermanos míos? Si la Justicia divina ha tratado tan severamente al Unigénito del Padre sólo porque había tomado sobre sí nuestros pecados -o mejor: la sombra de nuestros pecados-¿cómo nos tratará a nosotros que somos los verdaderos pecadores?"

(San Leonardo de Porto-Maurizio. Sermón para misiones)

Lo más asombroso de este texto es que, después de tan inaudita severidad, la muerte de Jesús no llega a satisfacer en realidad por nuestros pecados. Sólo nos da un ejemplo paradigmático de cómo nos tratará a nosotros la justicia de Dios, ya que así trató al Inocente al que más amaba. Esto mismo expresa el siguiente fragmento de un sermón del P. Segneri:

"La sangre de Jesucristo no debe haberse derramado en vano. Pero hay que saber que la primera finalidad de Jesucristo en su pasión fue satisfacer a la Justicia divina por las injurias que le habían hecho los hombres, y así acabar con el gran desorden que reinaba en el mundo, donde Dios sufría tan grandes ultrajes de todas partes, y no recibía de nadie una satisfacción digna de Él y que respondiera a la Grandeza de su Majestad Soberana. Ahora bien: al haberse cumplido plenamente esta reparación de la gloria de un Dios ultrajado por sus criaturas, que era el fin primero y principal de la pasión de Jesucristo, se sigue que, aunque todos los hombres se condenasen, la sangre de Cristo no habría sido derramada en vano, sino que su fruto sería muy grande y de infinita gloria para la Majestad de Dios".

Con absoluta lógica cartesiana (aunque no bíblica) el autor, al haber aplicado a Dios

unívocamente el concepto de reparación, ha acabado por distinguirlo del de perdón. De acuerdo con sus palabras Jesús muere por una exigencia de la Divinidad, pero no como salvación de la humanidad. Su muerte satisface a Dios pero no por eso nos reconcilia con Él. Por eso la resurrección de Jesús está de más en todas estas cristologías. Es un premio debido a Jesús y una muestra de su divinidad. Pero no tiene nada que ver con nosotros ni con nuestra salvación. El Dios de estas cristologías es sólo "el Dios del miedo". Y esa imagen habita todavía las cabezas de muchos que dicen creer en Él.

Los cristianos creemos -y debemos seguir proclamando- que Jesús murió "por nuestros pecados". Pero no porque estos pecados fueran "el pasivo" que Dios exigía lavar con sangre, sino porque fueron el agente que eliminó al Señor. Podemos decir que Jesús satisfizo por nosotros, pero no porque la ira de Dios exigiera esa satisfacción cruenta, sino porque el amor de Dios convirtió la misma mano que los hombres levantaban contra Él en una mano acogedora de los hombres. Debemos decir que Jesús nos reconcilió con Dios, pero no porque Dios "le obligara" a pagar por nosotros, sino porque Jesús está tan solidariamente unido con nosotros que toda su vida entregada está puesta en nuestro haber. Debemos decir que "hemos sido salvados con su muerte" pero no porque Dios sea un Dios sádico, que sólo se alegra en la muerte, sino porque no hay nada tan grande ni tan valioso (¡objetivamente hablando!) como el amor que no retrocede ni ante la persecución y la muerte, Y si nosotros no somos capaces de llegar a tanto, no importa porque para eso Jesús llegó por nosotros.

Todo este lenguaje es inevitablemente aproximado y simbólico, como pasa siempre que el hombre intenta hablar de sus relaciones con Dios. Pero -en su inevitable analogía- es infinitamente más exacto que el otro lenguaje del Dios cruel. Para el Nuevo Testamento, Dios ha sido El el autor único de nuestra salvación, nunca el obstáculo máximo para ella. Y los hombres somos el mayor obstáculo a nuestra propia salvación, no los deseos de ella, pero impedidos de ella por un Dios vengativo. Tanto que -también para el Nuevo Testamento- después de Jesús han desaparecido para siempre, y han quedado desenmascarados, todos los sacerdotes y los mediadores que "ofrecen a Dios sacrificios por los hombres". Sacrificios inútiles y que por eso habían de estar siendo repetidos constantemente. Ahora "de una vez para todas", la vida entregada de Jesús ha realizado aquello que todos los sacrificios y todos los sacerdotes antiguos no conseguían realizar: agradar a Dios.

Otra vez de la teología a la película

Que la película de Scorsese rezuma una especie de veneración pseudorreligiosa por el dolor y por la sangre, lo ponen de manifiesto aquellas palabras de Jesús a Judas: "I finally understand: the cross" (por fin lo entiendo: morir en cruz). El término de la conciencia de misión de Jesús no es el Reino ni la Paternidad de Dios (que a largo plazo pueden llevar hasta la entrega de la vida), sino que es inmediatamente la muerte cruenta. Esto mismo muestra la secuencia ridícula en que Jesús se arranca del pecho el corazón en medio de un chorro de sangre. Toda su fuerza parece residir en una virtud mágica de la sangre, que es algo muy distinto de esa fuerza divina de un amor que no retrocede ni ante la sangre. Pero los cristianos sólo creemos en esto segundo. No en aquello otro.

Y como el valor de la sangre ya lo explica todo, ocurre que Scorsese se queda sin explicación histórica de la cruz de Jesús. Por eso ha de recurrir a la absurda ficción de que Jesús, en su condición de carpintero, había fabricado cruces, para que así le remuerda la conciencia y le venga de ahí la idea de la cruz. Pero en realidad, no hacía falta que a Jesús "le viniera" la idea de la cruz. Su vida llevaba ya a ella, sin necesidad de que se la impusieran otros.

Finalmente añadamos que valen también para este apartado todas las consideraciones sobre la

violencia como factor inconscientemente estructurador de la cultura norteamericana, que hemos sugerido en el apartado anterior. No es necesario repetirlas aquí, aunque aquí parecen encontrar su campo principal de aplicación, y una confirmación importante.

IV. A JESUS SOLO SE LE CONOCE SIGUIENDOLE.

Desde el comienzo de su aparición, los oyentes de Jesús se extrañaban porque "hablaba con autoridad interior" y no como los sabios o las autoridades oficiales. Esta observación que repiten dos o tres veces los evangelios, tiene todos los visos de ser históricamente exacta.

Y esta "autoridad" de Jesús no siempre era halagadora para el auditorio. La conducta y las palabras de Jesús derriban infinidad de piezas sagradas de aquella estructura social. Jesús se desmarcó de la Ley (la sacrosanta Torah) de los judíos, tuvo conflictos con la institución del Templo (no meramente con los abusos económicos que pulularían en su alrededor, sino con esa "teología" que pretende disponer de Dios al tenerlo "encerrado" en un lugar santo, y que jerarquiza a los hombres según su proximidad a ese lugar). Resultó provocativo por su conducta con las mujeres que hacía saltar infinidad de tabús opresores; consideró que, al lado de la urgencia del Reinado de Dios, muchas de las prescripciones sociorreligiosas de su sociedad eran futilidades de "muertos que entierran a sus muertos" (cf Lc 9,60); invitó a quienes querían seguirle a "sentarse a la mesa con publicanos" o a "vender cuanto tenían y entregarlo a los pobres"; parece que fue acusado de ser un "eunuco" porque no se le conocía mujer a pesar de su provocativa cercanía a todas las mujeres; supo sacar del fondo de muchas personas que se acercaron a él, una fuerza sorprendente que ellos desconocían -y que Él llamaba fe- pero que se reveló capaz de devolver la salud psíquica a muchos desquiciados y a veces también la salud física a ciegos, cojos y sordos. Su voz penetrante llamaba "sepulcros blanqueados, guías de ciegos y exhibicionistas" a todas las autoridades religiosas (cf. Mt 23), pero, al contacto con Él, renacía la mujer en la prostituta, nacía el ser humano en los niños (tan poco importantes en aquella estructura social), y los hombres comenzaban a sentirse de veras hombres.

Cautivador y desconcertante a la vez, lo fue de una manera normal, en toda la estructura de su existir humano, y no en momentos aislados de particular exaltación. La gente decía, a la vez, que "nadie había hablado como Él", pero que "quién iba a poder salvarse si las cosas eran así". Admiraban la fuerza de la convicción con que hablaba, pero se preguntaban de dónde le venía ésta, porque no había tenido estudios oficiales ni había sido discípulo de los grandes maestros del momento.

Pero si la conducta y la palabra de Jesús trastocaban infinidad de usos y normas y valores sacrosantos de su entorno sociorreligioso, también las personas particulares se veían provocadas o puestas del revés al entrar en contacto con Él. Por lo general, los dolientes escuchaban esa palabra que es de las que más veces aparecen en los evangelios: "ten confianza". Otros eran invitados a convertirse y no pecar más. Pero los que se hallaban en situación más normal, oyeron otra palabra más impositiva y sin apelación posible: "sígueme". Antes de saber quién era ese Jesús, muchos de los suyos se vieron confrontados con esa invitación apremiante que brotaba de una irradiación extraña. Y curiosamente, muchos de ellos "dejadas todas las cosas le siguieron". Y aún hoy, antes que nada, Jesús parece ser "el desconocido que dice Sígueme" (A. Schweitzer).

No puede haber reflexión cristológica neutra, que pretenda no haber tomado partido ante este "Sígueme". Si ha tomado partido positivamente, los resultados del estudio se vuelven relativos porque aquella persona, con palabras del propio Jesús a alguien que no era de los suyos, "no estará lejos del Reino de Dios". Pero si la reflexión intenta escabullir esta pregunta, ya habrá desconocido decisivamente a Jesús, aunque luego el investigador trabaje mucho y bien sobre infinidad de datos "objetivos", como los sentimientos íntimos de Jesús o la autenticidad de los

lienros que le envolvieron. Las informaciones que este tipo de estudios generan, sirven para poco cristológicamente hablando. O, con otras palabras: no se puede prescindir del rasgo de que Aquel mismo -¡exactamente el mismo!- que decía "todo el que no está contra vosotros está con vosotros", y que ponía en práctica esa norma dejando que otros "echaran demonios en su nombre aunque no fuesen de los suyos" (cf. Mc 9,37), ese hombre tan tolerante era el mismo que decía: "quien no está conmigo está contra mí".

Irradiación y desconcierto. Llamada interior que respondía a la llamada exterior de Jesús, pero vértigo porque se veía uno llevado quizás a donde no tenía fuerzas para ir. Ambos polos ponen en marcha un proceso, cuyo balance es aquella pregunta siempre pendiente: ¿quién es este hombre? ¿De donde brota esa convicción que le mueve?

Y esta pregunta no hace más que agrandarse ante el final fracasado de Jesús. Pero esa pregunta es su legado histórico y, sin pasar por ella, no hay modo de acercarse a Él.

El Jesús de Scorsese carece de autoridad.

La cristología escolar anterior al Vaticano II olvidó muchas veces este acceso a Jesús, quizás llevada por un afán medio noble y medio polémico de convencer. Creyó que le tenía suficientemente conocido y asegurado llamándole "Dios", y pretendiendo conocer al margen de Jesús lo que quería decir esta palabra "Dios". De este modo quizá creyó también que podía inmunizarse para no quedar expuesta al imperativo de seguimiento y a la perpetua desinstalación que provoca Jesús. Y de este modo, muchas veces, aun hablando de Él, pasó de largo ante Él.

Y este pasar de largo se refleja también en el Jesús de la película que dió origen a estas páginas. El Jesús de Scorsese no "llama" a nadie. No ofrece seguridad alguna profunda. No tiene en realidad nada que comunicar, salvo en algunos momentos aislados (y a veces bastante bien filmados), pero que parecen ser chispazos fugaces de exaltación que constituyen un paréntesis más que una estructura de su vida. Jesús casi sólo vive el individualismo de su propio problema personal. Esto es lo que lo mueve. Esto es Dios para Él: la causa de su problema personal mucho más que la conciencia de ser un puente hacia los hombres. [Compárese esa imagen de Jesús con frases como Mt 5,48 y otras varias de los evangelios, en que Jesús empalma su experiencia de Dios con lo que dice sobre los hombres].

Y así, cuando cuaja en El una convicción, sólo es la convicción de que tiene que morir crucificado "para pagar". El mismo angel/demonio de la escena de la tentación (que ya dijimos que no es propiamente tentación, sino una especie de delirio ante mortem), le dirá "ya has hecho bastante". Pero en Jesús no se trataba de Él, ni de hacer Él lo bastante. Sino que se trataba de los hombres; y de los hombres desde la particular experiencia de Dios que Jesús tenía. Esto es lo que parece faltar en el planteamiento de la película. Y precisamente por ello, ese Jesús no irradia, no transforma. Sólo causa una extrañeza curiosa.

CONCLUSIÓN

Lo que hemos pretendido hacer aquí no es una cristología, sino escasamente unas "líneas maestras" que, en mi opinión, deben enmarcar toda posible reflexión cristológica.

¿Por qué necesitamos tanto la humanidad de Jesús? Porque, al ser Rostro y Transparencia de Dios, se convierte para nosotros en interpelación de Dios, en crítica a nuestras falsas imágenes de Dios y en Norte para el que vivir. Como interpelación de Dios, la cristología acaba en una llamada al seguimiento. Como crítica, la cristología libera del dios del miedo, del dios de la fuerza y del dios maravillosista, milagrero o manipulable. Y como rostro de Dios, la cristología orienta la vida del hombre hacia el trabajo por esa situación en la que vayan resplandeciendo la fraternidad, la libertad y la filiación divina (o dignidad suprema) de los hombres, para que se cumpla la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo. Esa situación que Jesús llamó "Reino de Dios".

Luego de este marco queda casi todo por decir. No hemos hablado aquí de la Resurrección que es el Centro de la cristología. Ni de las diversas expresiones de la fe neotestamentaria, que habló del Hombre Definitivo, del Dios anonadado, del Liberador hecho maldición por nosotros, del único Señor de nuestras vidas, del Primogénito entre muchos hermanos, del Hijo de Dios, del único sacerdote posible, de la reconciliación de lo humano con lo Divino, de la recapitulación de todos los hombres en Jesucristo, de la Autocomunicación de Dios que había plantado su tienda entre nosotros, y de la aparición de la Bondad y la humanidad de Dios...

Todo eso y mucho más queda por hacer aquí.

Si ahora hemos de volver por última vez a Scorsese, un creyente deberá pensar antes que nada que esta es la ventaja decisiva de la fe: cuando me parece que alguien "trata mal" a Jesús no es lo mismo que si tratara mal a Sócrates, o a Gandhi o a Pablo Iglesias. Porque en estos últimos no podemos tener más que una fe humana. Y esta fe humana queda lógicamente afectada por el mal trato. En Jesús en cambio se nos invita a creer con una fe religiosa. Y quien de veras cree en Jesús con una fe religiosa, percibe claramente que ese mal trato de los hombres no puede afectar a Jesús. Y esto es lo que ha percibido la inmensa mayoría de los cristianos, que no ha considerado necesario sumarse a todas esas protestas, tan callejeras como minoritarias. Es algo así como si un hombre tira una piedra al cielo: no llegará hasta el cielo, y quizás acabe cayendo sobre él. Sólo la piedra que el hombre tira a otros hombres o a sí mismo, afecta dolorosamente a Dios. Y, por eso, hay causas mucho más sagradas por las que manifestarse, y todavía más para un ciudadano norteamericano, que una floja o desenfocada película sobre Jesús.

Los profesionales tendemos a pensar que todo intento de reproducir a Jesús de Nazaret en una novela o película está de antemano condenado al fracaso: pues de lo que puede ser dicho no sabemos suficiente; y lo que creemos saber no es para ser contado en una película o novela, sino para ser vivido en esta realidad. El Jesús de Scorsese es por eso tan discutible como el de Zefirelli, aunque este último se irritase con aquél, porque él era más conforme al sistema y menos reactivo que aquél. Pero seguramente que estos intentos son inevitables, porque es lógico que el artista quiera hablar de aquello que ama o le preocupa. Antes de Scorsese y Zefirelli, también novelaron a Jesús Mauriac o Papini, o Kazantzakis, o Passolini o muchos otros. Y una vez que se ha producido el intento, y aunque haya fracasado, quizás lo pertinente y lo cristiano no será inculpar al autor, sino darle acogedoramente la mano y repetirle aquel adagio de los antiguos romanos: *in magnis voluisse satis est* (en las grandes empresas, ya es mucho haberlo intentado).

© *Cristianisme i Justícia*, Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38; Fax: 93 317 10 94;
correu-e: espinal@redestb.es; <http://www.fespinal.com>
diciembre 1988